

UN LARGO VIAJE PARA COMER

Paulo Lehmann

Aquel día me tocó estar en el puesto de vigilancia costera. Al igual que toda la gente de la isla, estuve atento a las noticias de la televisión sobre el gran terremoto en Japón. Como es costumbre en este tipo de casos, seguí el protocolo y llamé a la Oficina Nacional de Emergencias para constatar posible evento de tsunami en nuestras costas. El encargado dijo que no me preocupara, que no había ninguna posibilidad de algún comportamiento extraño de las aguas por estos lares. En la tele dijeron lo mismo, por lo que pasé una tranquila tarde preocupado únicamente de a qué hora terminaba el turno para ir a ver a mi familia y celebrar juntos el cumpleaños de mi hijo. Tal era mi relajó y el del ambiente que me quedé profundamente dormido.

Cuando vi los muros de agua acercándose ya sabía que era demasiado tarde. Comenzaba a anochecer pero aún había algo de luz para calcular que las olas medían por lo menos unos 15 metros de altura. Rápidamente corrí a tocar la campana de aviso, pero apenas pude dar la alerta, el mar se nos vino encima y arrasó con el pueblo.

Debo llevar a lo menos dos semanas entre los escombros esperando un rescate pero ¿les importará una pequeña isla con 600 habitantes en el culo del planeta? Además, si se dignan a venir, los esperaré la muerte, pues algo más trajeron las olas desde el otro lado del mundo, algo que sólo puede venir desde algún oscuro y abominable rincón olvidado del océano, cuya existencia nunca debió ser revelada.

La primera vez que me encontré con ELLOS fue al volver por mi familia, la noche de la tragedia. La luna, particularmente grande y luminosa durante este último tiempo, me expuso un escenario desolador... el tsunami había arrasado con todo. Para llegar hasta el poblado desde la playa, había que caminar unos dos kilómetros cuesta arriba y pasar por un estrecho camino de tierra rodeado de abundante vegetación, y aun así el agua logró traspasar esas barreras naturales, reduciendo las viviendas a un caos de escombros, arena, barro y piedras. Al llegar a las ruinas de lo que fue mi hogar no encontré a nadie. Desesperado comencé a remover los restos de la casa y gritar el nombre de mis familiares, pero no había más respuesta que un silencio sepulcral.

Luego de varias llamadas sin resultado desistí de la búsqueda, entregándome a la desesperanza y dolorosa sensación de vacío aprisionándome el pecho y estrujando mi estómago. En ese instante tomé real conciencia de mi extrema situación, a juzgar por el silencio estaba solo en la isla, sin posibilidades de comunicación con el exterior pues la catástrofe había cortado cables, destruido la central de energía y la señal de celular estaba muerta. Además el impacto había destrozado por completo la única radio que estaba en la

caseta costera. Maldecía a la suerte, cuando un sonido lejano y conocido me puso en alerta. ¡Era una voz humana, la voz de mi padre!

Sus gritos de auxilio eran débiles pero suficientes para seguir la pista. Agucé el oído y luego de buscar unos 10 minutos llegué al origen de la voz, bajo una pila de tablas y latas, unos pocos metros más allá de nuestra casa.

Rápidamente y ansioso por encontrar a mi papá con vida, comencé a despejar el lugar. Allí, al fondo, semidesnudo, lleno de barro y tiritando de frío estaba mi viejito. Afortunadamente no tenía grandes heridas ni fracturas, aparte de unos cuantos moretones. Me miró con la expresión de un niño asustado y tímidamente se aferró a mis brazos extendidos. Jalé hacia arriba para sacarlo de aquella trampa.

Pronto se encontró a mi lado. Permaneció mudo y paralizado por algunos minutos, hasta que con ambas manos me agarró firmemente la cara y me miró angustiado a los ojos. No fueron necesarias las palabras, por mi mente pasaron las imágenes de mi madre, esposa e hijo que nunca más veríamos, y ambos lloramos desconsoladamente en un cálido y triste abrazo.

Pero el destino siempre guarda alguna macabra jugada para burlarse de nuestra existencia.

Apenas alcancé a soltar el abrazo de mi padre, quien aún lloraba, cuando súbitamente su llanto se convirtió en un terrible alarido de dolor. No alcancé a reaccionar, aparecieron de la nada y por todas partes. Entré en pánico y me paralicé ante la presencia de los seres, que sólo se me ocurre describir como engendros híbridos entre una tortuga, un calamar y algo parecido a un ser humano. Sin poder moverme, observé cómo mi padre era atrapado por una especie de ventosa que emergía desde una cavidad abdominal de la criatura, que en segundos deshizo y absorbió su piel mientras todavía gritaba, para luego devorarlo por completo, comenzando por la cabeza. El sonido de la mandíbula de la bestia al desencajarse para su festín y de los huesos triturados de mi padre, aún sigue en mi mente.

La misma suerte corrieron otros sobrevivientes, lo sé porque escuché sus gritos desesperados desde diversos rincones del pueblo.

A pesar de la terrible experiencia no hubo momento para la tristeza, mi instinto de conservación me sacó del trance y, por suerte o coincidencia, las bestias estaban muy ocupadas con su macabra tarea y no se percataron cuando arranqué de aquel lugar. Y así he estado huyendo durante días.

Desde pequeño he tenido el don de la observación y el raciocinio, lo que me ha valido la admiración y confianza de la gente y creo me ha mantenido con vida hasta ahora. Gracias a esto pude percatarme que las criaturas salen a la superficie cuando comienza el atardecer y

se esconden con el alba, por lo que en las horas de sol me dedico a recolectar comida entre las casas derrumbadas, alimentarme y dormir para poder aguantar la vigilia nocturna.

Descubrí además que, si bien llegan principalmente desde el agua, también pueden transportarse con más velocidad bajo la arena, lo que explicaría la súbita aparición durante nuestro primer encuentro. Por ello en mis escondites evito estos elementos, ocultándome de noche en cuevas ubicadas en el cerro y rodeadas de pasto y rocas.

Estas abominaciones ocupan ciertos códigos para comunicarse, lo que me da a entender que son seres inteligentes, y solamente comen presas vivas, pues no prestan atención a los cadáveres provocados por el tsunami. Prefiero no imaginar qué otras aptitudes poseen o qué otras tretas son capaces de utilizar en busca de alimento.

Historia continúa en libro “Chile del Terror III: Mare Monstrum” ...

